

**N**unca he expresado bien mis sentimientos por escrito, quizás me resulta más fácil hacerlo hablando, pues creo, necesito los gestos para apoyar mis palabras, por eso cuando me pidió Ángel que escribiera unas palabras sobre mi amistad con Antonio López Eire, lo he ido retrasando de forma inconsciente.

Es posible que, de todas las personas que en este momento participamos en esta iniciativa, yo sea de las últimas que entablaron una relación de amistad con Antonio.

En efecto, conocía desde hacia muchos años al Prof. López Eire, como uno de los valores más sólidos y prestigiosos de nuestra Universidad, pero posteriormente por una serie de circunstancias, entablé una relación personal con Maíta y Antonio y después por amigos comunes fuimos coincidiendo en algunas reuniones, así comencé a conocer como persona a Antonio y se inició nuestra amistad.

Lo primero que me llamó la atención de él, aunque ya lo sabía, fue su inmensa cultura, pero sobre todo su forma de hacerla llegar a todos, de manera amena, en cualquier conversación intrascendente y sin ser en ningún momento pedante, todo lo contrario con humildad y humanidad. Mi mayor sorpresa fue su sentido del humor, su forma de contar las anécdotas, su frase corta o comentario en una conversación, que eran una delicia para los contertulios.

Estas características de su personalidad, aunque muy importantes, no son nada comparadas con su bondad; era una persona buena tanto en el sentido amplio, como estricto del término, hacía favores sin darles importancia y diciendo que eras tú el que los hacía.

Quiero contar una anécdota que creo, lo define. Yo hablo muy mal inglés, y se empeño en que lo practicara con él; pues bien, a mí me parecía un abuso por mi parte y un tostón para Antonio,

creo que no hay nada más pesado que intentar hablar con alguien que no es capaz de expresarse, que no te entiende y encima te hace repetir las frases. Estuvimos meses en los que después de acabar la jornada laboral, nos encontrábamos en el Toscano y paseábamos por Salamanca hablando, él en inglés y yo en lo que podía. Sin embargo, siempre decía que era un placer, que se lo pasaba muy bien y prácticamente que era yo el que le hacía el favor de hablar en castúo-español-inglés, lengua que como todo el mundo sabe es muy útil para ir por el mundo. En esas tardes, pese a la dificultad del idioma, fui conociendo a la gran persona que fue Antonio.

Podría decir muchas más cosas sobre él, pero seguro que otros amigos con más fundamento y bagaje lo habrán hecho ya.

Quiero finalizar, expresando mi profundo dolor por su pérdida, pero dando gracias a la vida por haberme permitido conocer, aunque hayan sido pocos años, a una persona de la categoría humana y profesional de Antonio López Eire.